

CAPITULO XXXIV.

Los mas sabios soberanos suelen engañarse muchas veces como los simples mortales, y sus reales manos honran con la espada de caballero espaldas indignas que merecerian mas bien ser marcadas por la mano del verdugo. Pero ¿ como ha de ser? los reyes hacen lo que pueden, y no deben ser responsables, como nosotros, sino de la intencion, y no del suceso.

Comedia antigua.

Es una cosa terrible, dijo la reina luego que salió Tresilian, ver á un hombre instruido y sabio con el juicio tan trastornado. Esta prueba evidente de su locura hace ver que su acusacion era infundada: asi pues, señor de Leicester, no hemos echado en olvido la demanda que nos habeis hecho en favor de vuestro fiel servidor Varney, cuya lealtad y mérito debemos recompensar, puesto que os son útiles. Este será el pago del celo y afecto que empleais en nuestro servicio, y os acordamos la gracia que solicitais en favor de

Varney, con tanto mas placer aun, porque debemos estar reconocida á la hospitalidad que recibimos en vuestra casa. Por otra parte, esta prueba particular de nuestra benevolencia consolará algun tanto al buen caballero de Devon, sir Hugo Robsart, con cuya hija se ha casado, y espero reconciliarle asi con su yerno. — La espada, señor de Leicester.

La cogió, la desenvainó, y mientras las damas que la rodeaban volvian la cabeza, llenas de temor verdadero ó fingido, notó con curiosidad el brillo y los ricos adornos adomascados de aquella arma resplandeciente.

— Si fuese yo hombre, dijo, creo que ninguno de mis antepasados me llevaria ventaja en apreciar una buena espada. Me gusta examinar las armas; y como la *Fata Morgana*, cuyas aventuras he leído en un libro italiano.... Si estuviese aquí mi ahijado Harrington, me recordaria ese pasage.... Arreglaria mis cabellos y tocado en un espejo de acero como este.... Ricardo Varney, acerquese vm. y pongase de rodillas. En el nombre de Dios y de San Jorge, os hacemos caballero. Sed fiel, valiente y feliz.... Sir Ricardo Varney, levantaos.

Levantóse Varney, y se separó inclinándose profundamente delante de su soberana

que acababa de conferirle un honor tan señalado.

— Mañana, dijo la reina, os pondremos la espuela en la capilla, y acabaremos la ceremonia. Queremos también daros un hermano en la orden de caballería. Pero como debe presidir la justicia en la distribución de las gracias, nos reservamos consultar al efecto á nuestro primo el conde de Sussex.

Este señor, que desde su llegada á Kenilworth, y aun desde el principio del viage, se habia visto eclipsado por Leicester, tenia su frente muy sombría. La reina notó al punto su mal humor, y esperó apaciguarle, y seguir al mismo tiempo su sistema de balanza política (1), con una prueba particular de favor acordado al conde de Sussex, cuando el triunfo de su rival parecia completo.

Al oír las últimas palabras del discurso de Isabel, se acercó el conde de Sussex: habiéndole preguntado la reina cual era el sugeto de su comitiva que deseaba con preferencia ver nombrado caballero, respondió él, con mas sinceridad que destreza, que se hubiera atrevido á proponer á Tresilian, á quien

(1) *Balancing policy*. La reina Isabel seguía el sistema político que hemos visto rejuvenecido en nuestros dias en Francia, etc.

creía deber la vida, y que siendo por otra parte militar y sabio distinguido, descendía de una familia sin tacha; pero temo, añadió, que lo sucedido esta noche.... y se detuvo.....

— Veo con gusto esta discrecion de parte de vuestra señoría, dijo Isabel; despues de lo que acaba de suceder, nos mirarian nuestros súbditos como á una loca, y tan loca como ese pobre hombre, pues creo que no hay ninguna mala intencion en su conducta, si escogiésemos este momento para acordarle una gracia.

— En tal caso, respondió el conde algo desconcertado, me permitirá vuestra magestad designarle á mi caballerizo el señor Nicolas Blount. Es un noble de una familia bastante antigua. Ha servido á su magestad en Escocia y en Irlanda, y está cubierto de honrosas cicatrices.

Isabel no pudo menos de levantar algun tanto las espaldas al oír esta segunda propuesta; y la duquesa de Rutland, que leyó en los ojos de la reina que habia esperado que Sussex le nombrase á Raleigh, y que podría así hacer su gusto, aparentando honrar su recomendacion, aguardó que consintiese á lo que le pedían, y dijo entónces, que puesto que esos dos poderosos señores habian tenido el permiso de designar un candidato,

se atrevería á pedir el mismo favor á nombre de todas las damas.

— Dejaría de ser muger, si rehusase semejante demanda, dijo la reina sonriéndose.

— Suplico á vuestra magestad, á nombre de todas estas damas, añadió la duquesa, eleve al rango de caballero á Walter Raleigh, á quien su nacimiento, sus proezas, y el celo que emplea en obsequiar á nuestro sexo con la pluma y con la espada, hacen digno de este honor.

— Agradezco á esas damas, dijo Isabel sonriéndose, y accedo á su propuesta. El amable escudero *sin capa* será el valiente caballero *sin capa*, como vms. lo desean: que se acerquen los dos designados.

Aun no había vuelto Blount. Raleigh se adelantó solo, y poniéndose de rodillas, recibió de manos de la reina el título de caballero, que jamas fué conferido á un sugeto mas ilustre y distinguido.

Nicolas Blount llegó pocos instantes después, y supo de boca de Sussex, á quien encontró en la puerta de la sala, las buenas disposiciones de la reina en favor suyo, y la orden que había dado de que se acercase al trono. Es un espectáculo poco raro, pero penible y jocosó, el de un hombre dotado de un buen juicio, á quien las retrecherías de una muger linda, ó cualquier otro motivo,

envuelven en las frivolidades que solo pueden convenir á la juventud amable, ó á los que estan ya habituados á ellas desde niños. El pobre Blount se hallaba en este caso. Su cabeza estaba ya trastornada con su rico vestido, y con la obligacion en que se creia empeñado de acompañar con sus ademanes la elegancia de su traje. La noticia repentina de esta promocion acabó de hacer triunfar de su carácter propio la vivacidad y ligereza que había adoptado nuevamente, y metamorfoseó de repente un hombre sencillo y sin gracia en un chisgaravis impertinente y ridículo.

Para adelantarse, tuvo que atravesar por desgracia la sala de un lado á otro. Volvia con tal afectacion la punta del pié ácia afuera, que la parte posterior de la pierna se veía por delante, pareciéndose á un cuchillo antiguo con la hoja corva. Los demas ademanes de Blount eran correspondientes á esta marcha grotesca: la mezcla de su turbacion y de un aire de amor propio satisfecho era tan ridícula, que los partidarios de Leicester no padieron menos de somreirse; y lo mismo sucedió con algunos de los de Sussex, que se mordian los dedos de despecho. El mismo Sussex perdió la paciencia, y no pudo menos de decir al oido á su amigo: ¡Maldito Blount! ¿no puedes andar como un hombre ó como

un soldado? Este apóstrofe le hizo temblar y se detuvo, hasta que una mirada que echó sobre sus rosetas amarillas y sus medias coloradas le volvió á serenar; y entónces siguió con el mismo paso que al principio.

La reina recibió al pobre Blount entre los caballeros con una visible repugnancia: no conferia sino con la mayor circunspeccion tales títulos de honor, que en lo sucesivo los Estuardos distribuyéron con tan imprudente profusion que perdiéron mucho de su precio. Apenas se desvió Blount de su presencia, cuando volviéndose ácia la duquesa de Rutland, le dijo:

— Mas discernimiento tenemos nosotras, mi querida Rutland, que todos estos caballeros juntos. De los tres candidatos el tuyo únicamente es digno de la promocion que ha recibido.

— Sir Ricardo Varney, el amigo de mi lord Leicester.... tiene mérito ciertamente.... respondió la duquesa.

— Varney parece un cazurro, y tiene muy buena labia, respondió la reina: temo que deshonne el título que acaba de recibir, pero le tenia prometido hace algun tiempo.

Sin duda Sussex estaba soñando al proponernos al principio un loco como Tresilian;

y despues un rústico como el segundo candidato. Te aseguro, Rutland, que, cuando estaba de rodillas delante de mí, haciendo gestos y visages como si se escaldase la boca con un bocado de sopa demasiado caliente, me ha costado trabajo el dejar de romperle la cabeza en lugar de darle un golpe en la espalda, como es de ley.

— Vuestra magestad le ha dado una acolada terrible, dijo la duquesa, y hemos oido nosotras el ruido que ha hecho su espada en el cuello: el pobre hombre temblaba, como si se hubiera creído herido.

— No ha estado en mi mano el dejar de hacerlo, dijo la reina.... pero enviaremos al tal sir Nicolas Blount á Irlanda ó á Escocia, ó á cualquiera otro destino, para librar á nuestra corte de un caballero tan zafio.

Despues de estas observaciones, se hizo general la conversacion, y Leicester convidó luego á la reina á asistir al banquete.

Los convidados tuviéron que atravesar el patio interior del castillo para llegar á las habitaciones nuevas en que estaba la vasta sala, en la que fué servida una cena digna de un dia tan grande.

En el tránsito fuéron asaltados los nuevos

caballeros por una porcion de gentes que gritaban, segun se usaba, ¡ *largueza, largueza, atrevidos caballeros!* Esta antigua aclamacion era dirigida con el objeto de escitar la generosidad de los candidatos con aquellos cuyas funciones consistian en conservar sus blasones, ó en celebrar sus hazañas. Todos correspondiéron con liberalidad. Varney distribuyó sus dones con una urbanidad y una modestia afectadas; Raleigh acompañó los suyos con aquel despejo que adquieren solo los que estan acostumbrados á las grandezas. El pobre Blount dió todo lo que el sastre le habia dejado de la renta de un año entero. En medio de su turbacion arrojó monedas que se detuvo á examinar, dandolas luego con aquel aire inquieto, y el ademan de un bedel de parroquia que da limosna á los pobres.

Fuéron recibidas estas larguezas con las gracias y los *vivas* acostumbrados. Pero como los que de ellas se aprovechaban eran casi todos sirvientes de Leicester, el nombre de Varney fué repetido con los mayores aplausos: distinguiase entre todos Lambourne con sus descompasados gritos: — ¡Que viva mil años sir Ricardo Varney! ¡Honor y salud á sir Ricardo! ¡Jamás ha existido un caballero mas digno de serlo! Y luego, bajando la voz, añadió: — Desde el valiente sir Pandaro de

Troya (1), lo que hizo reir á carcajadas á cuantos podian comprenderle.

Es inútil continuar hablando de las fiestas de esta velada, que fuéron tan brillantes y aprobadas con tanta satisfaccion por la reina, que Leicester se retiró á su cuarto lleno de esperanzas ambiciosas. Varney, que habia cambiado su rico vestido, aguardaba á su amo con otro mas modesto y sencillo, para acompañarle al tiempo de acostarse el conde.

— ¡Como así, sir Ricardo Varney! dijo Leicester; ese honesto traje no conviene á vuestra nueva dignidad.

— Renunciaria á ella desde luego, monseñor, si pudiera pensar que debia alejarme de vuestra señoría.

— Vamos, eres un criado reconocido, añadió Leicester, pero no quiero que hagas cosa alguna que pueda rebajarte en la consideracion de los demas.

Hablando de este modo, se dejaba servir sin embargo del nuevo caballero, que lo hacia al parecer con el puro gusto que manifiestan estas palabras.

— Poco cuidado me da de los maldicientes,

(1) Personage de Troilo y Cresida de SHAKESPEARE, que se parece algo al de *Bonó*, en el poema de *la Dorella de Orléans*.

respondió á la observacion de Leicester, pues no hay (permítame v. m. que quite el collar), no hay alma viviente en este castillo que no espere ver pronto gentes de un rango superior al que gracias á la bondad de v. m. ocupo ahora, desempeñar á su lado las funciones de camarero, dándose por muy honrados.

— Sí, pudiera muy bien verificarse, dijo el conde dejando escapar un suspiro; despues añadió: Dame mi bata, Varney, necesito considerar el cielo. ¿Va á ser luego luna llena?

— Asi lo pienso, monseñor, segun el calendario, respondió Varney.

Habia una ventana en el cuarto que daba á un balcon de piedra, almenado como todos los castillos góticos. Abrióla el conde; el balcon dominaba una gran parte del lago y el bosque que cubria la orilla opuesta. Los rayos de la luna dormian inmóviles sobre las olas azuladas y los olmos y encinas. El astro de la noche estaba en medio de su carrera, rodeado de mil estrellas de segundo orden. Una calma profunda reinaba sobre la tierra, y oíanse tan solo las voces de los centinelas, y los anllidos de los perros que á lo léjos anunciaban los preparativos de una caza magnífica que debia verificarse al dia siguiente.

Leicester contempló el firmamento. Sus gestos y ademanes esprimian una exaltacion

inquieta, mientras Varney, que se habia quedado á la capa en el cuarto, podia sin ser notado ver con una satisfaccion secreta á su patron estender los brazos ácia los cuerpos celestes.

— ¡O vos, lumbreras eternas! (tal fué la invocacion que pronunció el conde ambicioso) vos recorreis silenciosos el círculo de vuestra carrera misteriosa, pero os habido la sabiduría una voz: decidme pues que alto destino me está reservado. ¿La grandeza á que aspiro será brillante, sublime, y durable como la vuestra? ¿ó estoy condenado á no esparcir sino un resplandor pasajero en medio de las tinieblas de la noche, como esos fuegos artificiales con que los hombres quisieran igualar vuestros rayos?

Volvió á examinar el cielo durante uno ó dos minutos, y luego entró en el cuarto en donde Varney hacia el papel de hallarse muy afanado en guardar las joyas del conde en una cajita.

— ¿Que dice Alasco de mi horóscopo? preguntó Leicester. Ya me lo has dicho, pero se me ha olvidado, porque tengo muy poca fé en ese arte.

— Muchos hombres muy instruidos piensan de diferente manera, respondió Varney, y si he de hablar con franqueza á vuestra señoría, yo soy uno de tantos.

— ¡Ah, ah! como Saul en medio de los profetas.... dijo Leicester. Te creía absolutamente incrédulo sobre todo lo que no puedes ver, oír, tocar, oler, ni gustar; en una palabra, sobre todo lo que está fuera del alcance de tus sentidos.

— Tal vez es el deseo de ver cumplida la prediccion del astrólogo, el que me hace mas crédulo en este punto. Dice Alasco que vuestro planeta favorable está en su *culminacion*, y que la influencia contraria (no ha querido esplicarse mas) se queda atras, aunque no está por tierra todavía; creo que se ha servido de estos términos.

— Eso es precisamente, dijo Leicester mirando un extracto de cálculos astronómicos que tenia en la mano: la influencia mas fuerte triunfará, y segun creo, la hora fatal ha pasado ya. Ayudeme vm. á quitarme la bata, Ricardo, y quedese vm. un rato, si no es eso demasiado incómodo para un caballero, mientras me meto en la cama. Creo que la fatiga de hoy me ha introducido en la sangre alguna calentura, pues la siento circular en mis venas tan ardiente como si fuera plomo derretido. Guarda un momento, si gustas, hasta que tenga ganas de dormir.

Varney permaneció oficiosamente cerca de la cama de su amo, y puso una lámpara

de plata maciza y una espada sobre la mesa de mármol que estaba cerca de la cabecera. Entónces corrió Leicester la cortina, porque no le ofendiese el resplandor de la lámpara, ó por ocultar su semblante á Varney. Sentóse este junto á la cama, volviendo á su amo la espalda para darle á entender que no trataba de observar sus movimientos, y aguardó tranquilamente á que Leicester empezase á hablar sobre el objeto que ocupaba enteramente todas sus ideas.

— Segun eso, Varney, dijo el conde despues de haber aguardado en vano que su caballero entablase la conversacion, se habla de las bondades que manifiesta la reina conmigo.

— ¿Y como, milord, dijo Varney, pueden dejar de hacerlo, cuando son tan manifiestas á todo el mundo?

— En verdad que es una buena señora, dijo Leicester despues de un corto silencio; pero con razon está escrito: *no hay que fiarse en los príncipes.*

— La sentencia es buena y verdadera, dijo Varney, á no ligar sin embargo sus intereses con los nuestros tan estrechamente, que se tengan ya en la mano como el halcon que va á partir.

— Ya te comprendo, Ricardo, dijo Lei-

cester : á pesar de la reserva con que me hablas esta noche, quieres hacerme comprender que pudiera casarme con la reina si quisiera.

— Vm. lo dice, monseñor, no yo, dijo Varney; pero que sea vm., ó que sea yo, nada importa, es lo que creen en Inglaterra noventa y nueve personas entre ciento.

— Sí, dijo Leicester volviéndose del otro lado, pero esa sola es la mas bien informada. Tú, por ejemplo, tú sabes que se encuentran obstáculos insuperables.

— Y sin embargo debe verificarse, monseñor, si hemos de creer á las estrellas, dijo Varney con retintín.

— ¿Que es lo que estás diciendo? respondió Leicester, tú que no crees en la astrología ni en nada de este mundo.

— Se engaña vm., monseñor, permitame vm. que se lo diga, creo ciertos presagios sobre lo venidero. Creo, por ejemplo, que si llueve en abril, habrá flores en el mes de mayo; que si hace calor, madurarán los frutos; y en mi filosofía natural, creo muchas cosas que me harían creer en las estrellas, si las estrellas las predijesen: así es que no rehusaré creer lo que veo que se aguarda y desea universalmente en la tierra, por la sola razon de que los astrólogos pretenden haberlo leído en el cielo.

— Tienes razon, dijo Leicester agitandose en su cama, desease generalmente ese casamiento. He recibido avisos de Alemania, de los Países-Bajos y de la Suiza, que piensan que depende la salud de la Europa de este suceso. La Francia no se opondrá; el partido que domina en Escocia le mirará como una garantía; la España le teme, pero no puede pasar por otro camino y tiene que callar: sin embargo bien sabes tú que es imposible que se verifique el tal casamiento.

— No por cierto, no lo sé, monseñor: la condesa se halla indispuesta.

— ¡Miserable! dijo Leicester levantandose y echando mano á la espada que estaba sobre la mesa: abandona esos proyectos infernales, ¿quieres asesinarla?

— ¿En que concepto me tiene vm., monseñor? dijo Varney afectando toda la dignidad de la inocencia calumniada. Nada he dicho que pueda dar margen á tan horribles imputaciones. Solamente he dicho que la condesa está enferma; y la condesa, con ser tan amable y tan amada, no está esenta de la ley impuesta por la naturaleza á los demas; puede morir, y vuestra señoría quedar libre por consiguiente.

— ¡Léjos, léjos de mí semejante pensa-

miento! dijo Leicester, y no hay que tomarle siquiera en boca.

— Buenas noches, monseñor, dijo Varney fingiendo hallar en estas palabras la orden de irse; pero le detuvo Leicester.

— No te me escaparás de ese modo, grandísimo loco. Tu nueva dignidad te ha trastornado sin duda el poco seso que tenias. Vamos claros, ¿no crees invencibles semejantes obstáculos?

— ¡Monseñor! que Dios conceda larga vida á la bella condesa, aunque nada basta en este mundo á hacerla inmortal; pero dado que viva muchos años por su dicha y la de vm., no creo que estos lazos deben impedir á vm. llegar á ser rey de Inglaterra.

— ¡Esa es mas negra todavía! Vamos, está ya visto, has perdido la chabeta, pobre Varney.

— ¡Ojalá estuviera tan seguro de poseer algun día una hermosa tierra señorial! dijo Varney. ¿No sabe vm. que en otros países semejantes casamientos secretos entre personas de diferente condicion no obligan al marido á renunciar á otros enlaces mas convenientes?

— Sí, he oido decir que existia esa costumbre en Alemania.

— Mas hay todavía: dicese que los docto-

res de las universidades extranjeras lo apoyan con muchos testos de la Biblia, dijo Varney. Y sobre todo, ¿que mal hay en eso? La compañera amable, que vm. ha escogido por inclinacion y amor, logra momentos secretos de reposo y desahogo, sin que sufra su reputacion, y sin que deje de tener su conciencia tranquila. Vm. adquiere con eso los medios de hacer frente á todo en el caso de que le dé á vm. el cielo sucesion, y puede vm. aun reservar á Isabel diez veces mas tiempo y diez veces mas amor que el que consagró Don Felipe de España á su hermana María; sin embargo vm. sabe cuanto le amaba ella, á pesar de su negligencia y tibieza. Basta para eso un poco de audacia y discrecion. Al mismo tiempo puede vm. conservar su Eleonora y su bella Rosamunda; yo me encargo de encontrar un retiro que los ojos zelosos de una reina jamas podrán descubrir.

Leicester calló un rato, y dijo despues suspirando: Es imposible; á dios, sir Ricardo Varney. No, quedese vm. todavía: ¿sabe vm. cual ha sido el designio de Tresilian, al presentarse á la reina tan mal vestido? ¿Quería acaso mover su corazon con el espectáculo de un amante desdeñado y chasqueado por su querida, y que pierde el juicio por ella?

Varney contestó soltando una carcajada,

que no creia que semejante idea hubiese pasado por la imaginacion de Tresilian.

— ¡ Como! dijo Leicester, ¿ que quieres decir con eso? esas risas tuyas son siempre muy maliciosas, Varney.

— Quiero decir únicamente, monseñor, respondió Varney, que Tresilian ha escogido ya el medio mas seguro de no morir de pesar: tiene un compañero, una muger, una querida, muger ó hermana, segun parece, de un cierto cómico, ó cosa semejante, la cual hembra cohabita con él en el cuarto de Mervyn, en donde la he encerrado yo por motivos particulares.

— ¡ Una querida! ¿ has dicho una querida?

— Sí, monseñor, ó, si vm. quiere, una de esas mugercillas que van á aguardar horas enteras á los caballeros en su habitacion.

— Es, á fé mia, una linda historia que se podrá contar en su tiempo y lugar, si llega el caso, dijo Leicester. Jamas me he fiado yo en esos sabios con cara de hipócritas. ¡ Lindamente! el señor Tresilian no gasta en mi casa muchas ceremonias que digamos: si lo pasó por alto, lo debe agradecer á un cierto recuerdo; sin embargo, Varney, no hay que perderle de vista.

— Por esa misma razon se le ha alojado,

dijo Varney, en la torre de Mervyn, en donde está bajo la inspeccion de mi vigilante servidor, aunque borracho. Hablo de Miguel Lambourne, de quien he hablado ya otra vez á vuestra magestad.

— ¡ Vuestra magestad! dijo Leicester; ¿ que significa ese epiteto?

— Se me viene á la boca sin pensarlo, monseñor, y me parece sin embargo tan natural, que no puedo desecharle.

— En verdad, Varney, esa nueva dignidad te ha hecho perder el seso, dijo Leicester sonriéndose: los nuevos honores trastornan la cabeza como el buen vino.

— ¡ Dios quiera, dijo Varney, que pueda vuestra señoría hablar muy luego por experiencia propia! y se retiró dando á su amor las buenas noches.

